

LA GESTA DEL REY FOLCA

ISAAC FELIX NAVARRETE. FOLCA

CANTO I: EL SCOP

Un tenso silencio cortaba el aire en el salón principal de la residencia del señor de aquellas tierras, donde se amontonaban todos los habitantes de la aldea, ansiosos por oír al Scop.

El olor a madera quemada, pan recién horneado y carne asada inundaba los sentidos de los comensales, envolviéndolos en una atmósfera cálida y expectante.

Solo el crepitar del fuego y el viento que se filtraba por pequeñas hendiduras rompían el silencio, mientras grandes pilares de madera, profusamente decorados, cual recios brazos, sujetaban con vigor la techumbre.

Enormes tapices de lana, teñidos en verdes y dorados, narraban las gestas de los Rohirrim y colgaban junto al emblema de la Casa de Eorl: un caballo blanco al galope sobre fondo verde. Un gigantesco fuego calentaba la estancia, y el humo se elevaba hacia la lumbre del techo, creando una imagen etérea y de ensueño de la figura sentada tras él.

El viejo Scop de los Rohirrim se hallaba en la cabecera de la gran mesa de madera, repleta de viandas y jarras de bebida. Sus ojos, cerrados en señal de concentración, mostraban la tensión de quien porta el peso de la memoria de un pueblo.

Con un profundo suspiro, relajó el rostro y los abrió: eran del color de la leche, carentes de visión, pero su mirada vacía se clavó en los presentes, como si viera más allá del tiempo.

Lentamente se levantó, y su voz, grave y templada, rompió el silencio:

“El noble Folca. ¡Nuestro gran Rey Folca! Buenas gentes aquí reunidas, valientes de corazón, sabed que el propio Rey, en su lecho de muerte, me transmitió su gesta, siendo testigo su hijo, nuestro legítimo Rey, Folcwine. Aunque ahora estoy ciego, puedo ver con claridad el día que fui convocado a su lecho. Mortalmente herido, era su deseo y voluntad que su hazaña no fuera olvidada, como guía para su amado pueblo en tiempos oscuros”.

“Apretando mi mano con la firmeza de un gigante, me ordenó, con voz potente como un trueno, memorizar cada palabra y cantar su vida y hechos como mejor se acomodaran a mi arte. Muchos inviernos han transcurrido desde su fallecimiento, y cada día mi corazón ha llorado por su pérdida. Fue su valor y determinación los que nos salvaron de los salvajes orcos”.

El Scop hizo una breve pausa. “El padre de vuestro padre aún recordará con orgullo... y dolor esos tiempos”.

Sus ojos blancos recorrieron la sala, abarcando al pueblo congregado. Alzando las manos, retomó su relato, entonando cada palabra como si de un cántico se tratara:

“Pero mayor aún fue su determinación y sacrificio, los que nos liberaron de un mal tan oscuro y terrible como esas criaturas. Un mal que sembró de muerte y destrucción nuestras tierras. Ese mal mataba a placer a hombres, caballos y ganado. Por doquier esparció el terror y el miedo. Ni los mejores guerreros de nuestro pueblo pudieron enfrentarlo y sobrevivir.

Ojos como brasas; colmillos afilados; pezuñas aceradas como hachas. Su pelaje se asemejaba a la negrura más profunda. De su figura emanaba la maldad más absoluta, aventajando cuatro veces en tamaño a la bestia más grande de su especie. Amparado por la oscuridad, se arrastraba sigiloso y mortal, desde el Bosque de Firien, dejando tras de sí destrucción y caos”.

Murmurlos de miedo y estremecimiento recorrieron el salón.

“Este terrible mal fue conocido por todos como... el Jabalí de Everholt”.

Volviendo a cerrar los ojos, totalmente absorto en lo que le rodeaba, narró sin interrupción la gesta del Rey Folca:

“Todo comenzó una mañana del incipiente invierno en Edoras, cuando un jinete solicitó con urgencia audiencia con nuestro Rey...”

CANTO II. PRESAGIOS EN LA AURORA.

El alba teñía de rojo las llanuras de Edoras cuando Folca, Rey de los Rohirrim, tensó la cuerda de su arco. El gran venado olisqueaba el viento, pero Folca había previsto la dirección de la brisa, tal como le enseñara su padre Walda en los bosques del Folde Oeste.

Los perros de caza, Hrede y Wigdom, aguardaban inmóviles cual estatuas de piedra, sus ojos ámbar siguiendo cada movimiento del venado.

El monarca inspiró el aire frío, recordando las palabras de su padre: “Un rey caza como gobierna: con paciencia y respeto por la vida que toma”.

La flecha silbó. El venado cayó fulminado, sin sufrimiento.

Folca se acercó, posando una mano en el flanco aún cálido del animal. Con su cuchillo cortó un mechón de su pelaje y lo enterró bajo una roca musgosa. “Gracias, hermano”, murmuró mientras el viento agitaba su melena dorada. “Tu carne alimentará a mi pueblo, tu piel abrigará a los niños, y tu cornamenta honrará el salón de Meduseld”.

Los perros aullaron entonces, rompiendo el silencio y su concentración. Pero no fue por la presa. Desde el este, un jinete cruzaba las llanuras al galope, su capa verde ondeando como un estandarte roto. Haldric, capitán de la guardia, desmontó con urgencia y se inclinó ante su señor, el rostro surcado por la inquietud.

“Mi Rey... Un mensajero del Folde Este aguarda en Meduseld. Trae nuevas de muertes extrañas... habla de un mal que arrasa aldeas enteras”.

Folca alzó la cabeza y contempló a su amigo, que estaba pálido. Dirigiendo su mirada hacia el este, olfateó el viento. No había rastro de podredumbre u oscuridad, solo el aroma a tomillo y tierra húmeda. Pero sus dedos, curtidos por décadas de empuñar espadas, notaron un escalofrío.

“¿Un mal? ¿Orcos?”, preguntó.

“No, Señor”, Haldric tragó saliva. “Algo que devora hombres como lobos”.

El Rey acarició la vaina de su cuchillo, tallada con runas por él mismo la noche que juró no volver a cazar hasta expulsar a los orcos.

A lo lejos, sobre la colina, el techo dorado de Meduseld brillaba bajo el sol naciente.

“Padre”, susurró para sí, “¿qué nuevo mal nos acecha?”

Mientras cabalgaban de regreso, Folca miró hacia el este, donde las Montañas Blancas mordían el cielo. Por un instante, creyó ver una sombra moviéndose contra el viento, enorme y retorcida. Pero cuando parpadeó, solo había nubes.

CANTO III. EL MENSAJERO DEL HORROR.

“Salve, Rey Folca, solicito el permiso de mi Señor para hablar”, pronunció el jinete al tiempo que hincaba la rodilla a los pies del monarca.

“Habla alto y claro, eres bienvenido a Meduseld”, ordenó el Señor de la Marca, tomando asiento en su trono.

“Traigo terribles nuevas del este. Un gran mal recorre las tierras del Rey, una oscuridad que ya ha causado gran mortandad”. La voz del hombre denotaba temor y nerviosismo.

Las voces de los guerreros y consejeros se alzaron, perplejas ante tales afirmaciones. Alzando su mano, Folca conminó a todos los presentes a guardar silencio.

“Calma tu interior. Estás entre amigos. Aclara tu mente y serena tu corazón. Relátame con todo detalle qué mal acecha mis tierras”. El Rey se levantó de su trono y, con amabilidad, ayudó a su Eorlinga a ponerse de pie. “¡Cerveza para este hombre！”, ordenó a continuación.

Tras un largo e intenso trago, el mensajero parecía más calmado. Irguiéndose ante Folca, comenzó a hablar:

“Gracias, mi Señor. Soy Brenwald, hijo de Bronwald. Disculpad mi estado; llevo cabalgando sin descanso varios días, y mis ojos han presenciado los estragos causados por esa criatura. He luchado por mi Rey y por Rohan contra los orcos y Dunlendinos, y jamás había visto semejante destrucción y muerte tan súbita y repentina”.

Folca alzó una ceja. Recordaba a ese hombre, que había combatido valientemente y sin miedo frente al enemigo. “¿Qué puede ser tan terrible para alterar a un hombre de tanto coraje y valor?”, reflexionó en su interior.

“Todo comenzó la anterior luna llena. Aquella noche, todos dormíamos confiados en la derrota de nuestros enemigos. Hombres armados montaban guardia en la empalizada.

Gritos de horror y muerte nos despertaron. Todos los hombres se aprestaron a la lucha, empuñando sus armas y saliendo al exterior. Se desató el caos más absoluto, os doy mi palabra, mi Señor Rey. El portón de acceso había sido destrozado y... una bestia, oscura como la noche, sembraba la muerte en la aldea”.

El hombre tomó aliento para calmar su interior y continuó:

“Aquel animal mataba a los hombres con sus grandes colmillos, ensartándolos sin piedad. Nuestras flechas rebotaban contra su pelaje. Aquellos que intentaban enfrentarla morían aplastados por sus pezuñas o atravesados por sus colmillos. Nada pudimos hacer, salvo morir luchando.

Se internó en nuestras estancias matando a placer”. El guerrero tuvo que detenerse. Con gran esfuerzo contuvo sus emociones.

“Al amanecer, contamos los muertos. Nuestra aldea ardió completamente, ya que ese engendro embistió las hogueras y fogatas en su ataque. El olor a muerte y madera calcinada lo inundaba todo”.

Folca agarró con fuerza el hombro de su guerrero, infundiéndole ánimo.

“¿Qué clase de bestia era?”, preguntó el monarca.

“Un jabalí, mi Rey. El más grande que he visto en mi vida. El triple, no, el cuádruple de alto y ancho que cualquier otro. Sus colmillos son tan largos como el brazo de un hombre adulto. Su pelaje es oscuro, sus patas son tan anchas como las de un buey y sus pezuñas son cortantes como puntas de lanza”.

Todos los presentes no pudieron contener sus emociones y nuevamente un gran coro de voces de ira e indignación se alzó en la sala. Esta vez el Rey no ordenó silencio. Él mismo había quedado confundido por lo oido en su sala del trono.

En ese instante, un fuerte viento invernal entró en la estancia. Los tapices colgados de las paredes se agitaron con estrépito y las llamas de la gran hoguera central se movieron y se elevaron con violencia. El corazón de los hombres congregados pareció detenerse. Se hizo el silencio.

“¿Estás seguro, Brenwald?” preguntó el soberano. “¿No os habría engañado la noche? Tal vez se tratara de un huargo o varios de ellos”.

“Os juro por mi vida y mi honor que se trataba de un jabalí, y otros lo alcanzaron a ver más adelante. Ese animal desprendía maldad a su alrededor. Sus ojos brillaban en la oscuridad, de pura ira y odio. Lo vi claramente a la luz de los fuegos que se habían propagado”. Brenwald, abatido por el dolor, inclinó su cabeza.

“Te creo, Brenwald. Te recuerdo. Sé que eres un hombre valiente. ¿Qué pasó a continuación?” Al tiempo que preguntaba, el Rey acompañó a Brenwald hasta un asiento cerca de su trono, invitándole a sentarse. “Prosigue”.

“Wilhelm, señor del Folde Este, y de cuya casa formo parte, fue inmediatamente informado. Horrorizado por estas nuevas, prestamente reunió a sus éoreds y rastreó las huellas de aquella alimaña. Eran claras, y hasta un niño hubiera podido seguir las huellas. Se internaban en el Bosque de Firien, y en concreto, en aquella parte conocida como Everholt: el bosque de los jabalíes”. El mensajero tuvo que hacer una pausa para aclarar su mente.

“El Bosque de Everholt, al oeste del río Mering, cerca de las Montañas Blancas”, pensó Folca. “En mi juventud rastreé y logré cazar grandes jabalíes en esas tierras, pero jamás uno de semejante envergadura”. Se obligó a prestar atención a las palabras de Brenwald.

“Mi señor, Wilhelm, organizó sus fuerzas, y ordenó vigilar con intensidad las inmediaciones donde se había perdido el rastro, al internarse en el bosque. Al tiempo, envió hombres para proteger la retirada de cuantos quedaban en mi aldea, trasladándolos a la suya. Como medida adicional, envió mensajeros a los campamentos y poblaciones cercanas, informándoles de estos hechos y ordenando que todo hombre capaz montara guardia”.

Brenwald se estremeció. “Tres días y tres noches montamos guardia. Y al amanecer del cuarto día, en las inmediaciones del lindero del bosque

fuimos nuevamente atacados. Esta vez todos le vimos claramente. Era el jabalí que os he descrito, mi Señor. Avanzó directo contra nosotros, retador y sin miedo a la luz del sol.

El sonido de sus pezuñas llegó hasta nosotros con la fuerza de un desprendimiento de nieve. Nos aprestamos a cargar contra él”.

“¿Cargó contra vosotros? ¿A plena luz del día?”, preguntó el Señor de la Marca, que no salía de su asombro.

“Sí, mi Rey. Lanzamos nuestras flechas sin resultado alguno, y cuando estábamos a punto de lancearlo, comenzó a moverse con la velocidad de un águila, en constantes movimientos laterales, mientras atacaba y atravesaba con sus colmillos a nuestras monturas, arrojándolas al aire.

El olor del animal, una mezcla de algo similar a ceniza o tierra quemada, lana húmeda, barro y musgo, encabritó a nuestras monturas.

Se introdujo entre nosotros, nos rodeó. No alcanzábamos a seguir su ritmo y su constante cambio de dirección. Consiguió evitar nuestras lanzas, espadas y hachas. No sé cuánto tiempo duró aquella locura, pero finalmente la criatura abandonó el campo a la carrera de vuelta al bosque y... antes de internarse, se giró hacia los pocos que quedamos vivos. Desafiante”.

Folca se enderezó en su trono, sus pensamientos fluían con la velocidad el viento. “Aquello no era posible. He cazado toda mi vida y jamás había presenciado ni escuchado de un jabalí actuar de esa manera”.

El Señor de la Marca, disciplinado guerrero, se cuidó de ocultar sus pensamientos. Miró a su alrededor con la frialdad que da haberse forjado en la guerra. Todos los consejeros y guerreros presentes estaban alterados, y no podía culparles. Aquellas nuevas eran inquietantes.

“¿Cuántos murieron?”, preguntó con calma el Rey.

Brenwald contestó con lentitud. “Doce Eorlingas y dieciséis monturas, mi Señor. Entre ellos se encontraba mi señor Wilhelm”.

“Sostuve su cuerpo sin vida, nada puede hacer por él”. Abatido por el dolor Brenwald guardó silencio.

Un clamor se alzó en el salón del trono. Wilhelm era querido por el pueblo y aquello clamaba venganza.

Folca se levantó con ímpetu, y ese solo gesto impuso el silencio de forma inmediata.

“Ese no fue el final de los actos de ese animal, ¿verdad, Brenwald?”, preguntó el soberano.

Su vasallo asintió con la cabeza. “Durante muchos días intentamos matarlo. Al menos veinte guerreros se internaron en el bosque para darle caza. Ninguno regresó”.

Durante ese tiempo, al caer la noche, la bestia recorría los campos cercanos al Bosque de Firien, desparramando la muerte. Muchos de vuestros súbditos han muerto, así como monturas y ganado, mi Señor

Rey”. Brenwald apenas podía proseguir.

“Finalmente, el hijo de Wilhelm, aún niño, pero fuerte y decidido como su gran padre, me ordenó acudir a Edoras a todo galope para pedir auxilio del Señor de la Marca.

Todas las gentes que viven a menos de dos días a caballo del Bosque de Firien han huido de sus hogares, quedando desiertas las tierras al oeste de la corriente del Mering. Y entre las restantes ha cundido el pánico y el miedo. Muchos se dirigen hacia vuestras moradas en estos momentos, en busca de refugio y protección”. Brenwald se derrumbó de agotamiento.

Con firmeza Folca le sostuvo y habló con autoridad. “Atended a este valiente y que descanse. Haldric, preséntate ante mí”.

Haldric, capitán de la guardia, se inclinó ante su Señor. “Ordenad, mi Rey”.

“Haldric, toma a tus hombres y caballos. Acude presto al encuentro de esas personas; dadles escolta hasta Edoras. Protegerlos con vuestras vidas”, ordenó Folca con voz imperiosa a su capitán, a su hermano de armas.

Cruzaron sus miradas; no necesitaban palabras. Haldric vio claramente los buenos deseos de su Señor hacia él y sus hombres y lo urgente de la tarea.

“Salve, Rey Folca, tus órdenes serán cumplidas de inmediato”, respondió Haldric, abandonando con decisión el salón.

“Que mi Ujier de Armas prepare todo lo necesario para alimentar y acoger a mis súbditos. Convocad a mi hijo, el Príncipe Folcwine.

Consejeros, quedáis convocados a la llegada de mi vástago. Desalojad el salón; quiero estar solo”.

Mientras las órdenes del Rey se cumplían, regresó a su trono y depositó en su regazo su espada, Waelreowa. Tras la última batalla contra los orcos, el fuego de su interior se había calmado. Ahora sentía claramente cómo comenzaba a incendiarse de nuevo su corazón.

CANTO IV. EL DEBER DEL REY

El Rey Folca reflexionaba sobre las palabras de Brenwald. "Esta situación no tiene sentido alguno", pensó con intensidad. "Wilhelm era un gran guerrero, curtido en muchas batallas. Y sus Eorlingas eran igual de bravos. ¿Qué clase de bestia era aquella que cargaba de día contra jinetes experimentados?. Al menos veinte hombres intentaron matarla en su territorio, y ninguno regresó".

Estos pensamientos inundaban la mente de Folca mientras recibía personalmente a sus súbditos en Edoras. Todos ellos eran presa del miedo y del terror. Podían luchar contra orcos y hombres, pero aquello era una oscuridad que no entendían y que les encogía el corazón.

Escuchó las historias de cada hombre, mujer y niño. Ofreció palabras de aliento y comprensión. Repartió viandas. Su mente era un hervidero de pensamientos y preguntas. La rabia fue acumulándose lentamente en su interior.

Al atardecer, contemplando la puesta del sol, el Señor de la Marca apretó con fuerza los puños y comprendió lo sucedido. "Su único error fue actuar como guerreros. Frente a un animal salvaje, hay que actuar y pensar como un cazador".

Fue su padre, el Rey Walda, quién lo inició en el simbolismo y la profundidad de la caza. Desde muy joven quedó atrapado por su esencia sagrada.

Solo la muerte de su padre le apartó de ese ritual, y juró, por aquello que era sagrado para él, no volver a cazar hasta acabar con el último orco de su patria.

"La caza, hijo mío, no es un acto cruel consistente en matar a un animal. Es un acto simbólico que refleja la fuerza y el valor necesario que debe reunir un hombre para afrontar el peligro y la muerte".

Recordaba estas y otras enseñanzas de su padre cuando Haldric, su amigo, se situó a su lado. Firme como las montañas, como siempre.

"Todos vuestros súbditos han sido atendidos debidamente mi señor", informó marcialmente.

"Amigo mío, ¿recuerdas la última emboscada contra aquella fuerza de orcos? ¿en el interior de las montañas?, pregunto Folca.

Haldric sonrió como un lobo. Su amigo le invitaba a hablar libremente, sin formalismos. "Ya lo creo. Fue una gran victoria. Les sorprendimos completamente". ¿Que nos recordabas constantemente? Si dejas al enemigo sin capacidad de desplazarse y maniobrar, quedará indefenso". Haldric rió con fuerza. "Cantas veces utilizamos esa maniobra, llevándoles al enfrentamiento en terrenos donde no pudieran desplazarse con facilidad ni desplegarse adecuadamente. Les obligamos a luchar donde eran menos fuertes".

Folca también sonrió. Había luchado con Haldric codo con codo en numerosas batallas, incluido su último enfrentamiento contra los orcos.

El último reducto que les quedaba en las montañas. Siguiendo sus instrucciones, sus guerreros camuflaron su olor con barro y hierbas, de tal forma que esos seres no les percibieron hasta que fue demasiado tarde.

"La caza fue una gran preparación para las guerras que tuve que afrontar", recordó con orgullo.

"La caza no sólo forjó mi mente y mi cuerpo. Los orcos eran presas y como tal les traté. Aprendí todo lo que pude sobre sus movimientos, cómo rastreaban y cómo se ocultaban. Su alimentación, olfato, oído, distancia que podían recorrer... tal y como había aprendido cazando en mi tierra".

El fuego de su interior empezó a avivarse de nuevo, como hacía tiempo no sentía. La inminente sensación de lucha comenzó a llenarle.

Haldric se aventuró a preguntar: "Folca, ¿cómo enfrentaremos este mal?"

Consciente del evidente desasosiego de Haldric, sujetó su hombro con fuerza y le respondió con total sinceridad, de hermano a hermano: "Aún no lo se amigo mío, pero no dudes que acabaremos con él".

Con un apretón de brazos se despidieron.

CANTO V. EL JURAMENTO DE FOLCA

En la soledad de sus estancias, Folca hizo memoria sobre todo aquello que su padre le había enseñado sobre los jabalíes. Siempre había hablado de ellos con respeto. Animales que simbolizaban fuerza. Determinación. Guerreros implacables.

Bebió de su copa vino caliente, al tiempo que reflexionaba intensamente sobre sus habilidades y capacidades. Los hechos narrados por Brenwald eran perturbadores y necesitaba conocer a su enemigo.

"La caza exige una preparación intensa. Debes conocer a tu presa". Las palabras de su padre volvieron nuevamente a su mente. Una mezcla de dolor, nostalgia y coraje le inundaron.

Sin duda admiraba a esos animales. Era espléndidos en todos los sentidos. Cuerpos robustos adaptados a los bosques y las zonas montañosas donde viven. Fuertes patas les permiten avanzar por terrenos accidentados y empinados. Su alimentación principal eran raíces y tubérculos, aunque también eran carnívoros si era necesario. Sus tonos oscuros los camuflaban perfectamente con el terreno. Supervivientes natos. Estas reflexiones sobrecogieron su corazón.

"El comportamiento de aquel ser, por que no lo podía llamar jabalí, no tenía sentido. Y su tamaño... sin duda alguna clase de maldad o brujería se había apoderado de él. Su comportamiento no encajaba con el de un jabalí común, de los que había cazado muchos en su juventud", pensó con intensidad y desazón.

Entonces, a su mente acudieron relatos antiguos, narrados por ancianas. Historias y leyendas traídas del lejano norte.

Hablaban de criaturas y animales salvajes cuyas mentes y corazones habían sido atrapados por la maldad. Una vez que probaban la sangre humana, no deseaban otro alimento.

Sus actos no respondían a su naturaleza animal. Respondían a una profunda malignidad y odio eterno hacia toda forma de vida, en especial la humana.

En su mente creía recordar que ese tipo de criatura respondía al nombre de Thurs o Thyrs.

No era capaz de recordarlo con claridad; lo que si recordaba era la maldad que encarnaban y que solo hombres decididos y sin miedo a morir podían acabar con ellas.

Hombres guiados por su sentido del honor y lealtad hacia todo lo que es justo y correcto. Actuando sin argucias y sin ayuda. Empleando solo la fuerza de su corazón.

Un arrebato de ira le embargó. El soberano de Rohan lanzó con fuerza la copa de vino. El líquido se derramó y se esparció muy lentamente por el suelo de la sala, conformado por grandes losas multicolores en las que entrelazaban runas ramificadas.

Al contemplarlo, una visión, tan clara como la luz del sol al amanecer, se hizo presente en su mente. "Mi sangre también se derramará en esta última

batalla". Esta sensación recorrió su cuerpo con intensidad. No era miedo lo que el Rey sentía. Era el ansia del guerrero antes del inminente combate.

Su pueblo estaba siendo asediado por un ser de la oscuridad. Una bestia brutal y sanguinaria, sedienta de sangre de hombres, mujeres y niños, que propagaba la muerte y el miedo entre sus súbditos.

Recordó a su propio hijo cuando apenas podía caminar, a los hijos de sus Eorlingas muertos en batalla, a los ancianos, mujeres,... su pueblo se encontraba en peligro mortal, y él, Folca, era el Rey.

Observó a su alrededor, y contempló el gran tapiz de su antepasado, Eorl, montado a caballo, con sus rubios cabellos agitados por el viento. Su montura, Felaróf, padre de caballos, erguía la cabeza con orgullo. Un agua espumosa, verde y blanca, corría impetuosa alrededor de las corvas del animal.

El fuego de su interior volvió a arder con la intensidad de mil hogueras, y el Rey Folca tomó una decisión. "No deseo la muerte lenta de la vejez. No deseo sentir mi cuerpo débil y arruinado. Yo soy Folca, Señor de la Marca, soberano de los Rohirrim, asesino de orcos. No, la edad no atrapará mi mente ni mi cuerpo".

"Elijo morir como he vivido: con valor y coraje, defendiendo a mi pueblo y mi tierra. Mi deber siempre ha sido y será defender Rohan y quienes habitan en ella. Libraré a mi pueblo de esta oscuridad... y, por la memoria de mi padre y mis ancestros, juro lograrlo o morir en el intento".

CANTO VI. LA PARTIDA DEL REY

Sólo el Príncipe Folcwine tenía la autoridad para contradecir la voluntad del Rey. Sólo él. Y, a pesar de su privilegio, se mantuvo en silencio tras escuchar las órdenes del Señor de la Marca.

Su mirada, del mismo azul intenso que la de su padre, se mantuvo firme en la figura del monarca.

“Mi hijo”, pensó Folca. “La guerra y el peso del mando le han convertido en un gran hombre. Prudente y reflexivo. Valiente y decidido en combate. Conoce demasiado bien mi mente y mi corazón para intentar disuadirme”.

“Será un gran Rey. Bajo su guía y liderazgo no temo mal alguno para nuestro pueblo”.

En Meduseld, el salón de los reyes de Rohan, Folca se encontraba de pie con su hijo Folcwine a su lado. Había dada a conocer sus órdenes una vez completado el alojamiento y auxilio de su pueblo, que había abandonado las tierras cercanas al Bosque de Firien.

Frente al Señor de la Marca se encontraban sus consejeros. Su petición de buscar consejo y sabiduría en Isengard había sido desestimada por el Rey. No había tiempo. Sus caras reflejaban su asombro ante las órdenes de su Señor. “Necesitan una explicación”, pensó con afecto.

Toda su vida había tenido bien presente el ejemplo de su abuelo, el Rey Brytta, llamados por todos Léofa. Generoso y amable con todos. Siempre disponible y cortés. Se ubicó cerca de ellos y comenzó a hablarles:

“Entiendo vuestra inquietud. Amigos míos, mis consejeros leales. Juntos hemos vivido tiempos turbulentos y, juntos, los hemos superado”.

“Mi decisión no es arbitraria. Entiendo vuestras dudas, pero debéis comprender que, en mi corazón, tengo la convicción absoluta que nos enfrentamos a una gran oscuridad”.

“Esa abominación sanguinaria no puede ser vencida por la fuerza de las armas de una gran hueste. ¿Escuchasteis las palabras de Brenwald? Bravos Eorlingas, con Wilhelm el Valiente en primera línea, no lograron siquiera infilir una leve herida a ese horror”.

El Señor de la Marca miró uno a uno a sus consejeros al tiempo que pronunciaba estas palabras. En sus rostros sólo se reflejaba ansiedad y duda.

“Solo un cazador experimentado... avezado en el rastreo y el acecho en los bosques... solo un hombre así puede contar con una oportunidad de abatirla. Y yo os pregunto ¿Sabéis de mejor cazador que vuestro Rey? No dudéis, amigos míos, ni temáis por mí. Mi deber es proteger a mi pueblo”.

“Mi Scop me ha confirmado las leyendas de nuestros antepasados, sobre bestias y criaturas malignas. Aún no han sido olvidados los poderes oscuros que acechaban a nuestro pueblo en el lejano norte. Solo el coraje y el sacrificio de un hombre pueden convocar la fuerza y el poder necesario para contrarrestar esa maldad. Estoy dispuesto a morir por los nuestros. Sin dudarlo un instante”.

Esta vez el soberano de los Rohirrim pudo ver orgullo y coraje en los ojos de sus consejeros.

“Mi hijo, el Príncipe Folcwine, queda al mando. Sus órdenes son ley a partir de este momento. Y, si en el plazo de quince días no regreso a Edoras, será el nuevo Señor de la Marca”. Pronunció estas palabras mientras miraba con intensidad a su vástagos. “Cuando seas Rey haz lo que estimes oportuno, pero te aconsejaría no arriesgar hombres en mi búsqueda”.

“Mi Rey, tus órdenes serán cumplidas, os doy mi palabra. ¿Me permitís al menos una solicitud?, pregunto con decisión Folcwine.

Folca asintió levemente, por lo que Folcwine continuó. “He comprendido vuestros argumentos para emprender esta tarea en solitario, pero, al menos, permitid que una guardia de vuestros éoreds os acompañen en la travesía hasta el lindero del Bosque de Everholt. No solo bestias acechan en los caminos. Y, cumplida vuestra misión, os podrán asistir en vuestro regreso a Edoras”.

“Nunca le he confesado mi gran orgullo cuando le contemplo. No partiré con ese dolor en mi corazón”, pensó Folca con tristeza.

“Por supuesto, hijo mío”, respondió en voz alta el Rey. “Tu petición es razonable. Mañana, al amanecer, partiré sin demora, con Brenwald y mis éoreds. Es todo”. Tras pronunciar estas palabras, sus consejeros abandonaron la Sala. Una vez a solas, Folca se despidió de su hijo Folcwine.

Al día siguiente, con las primeras luces del alba, el Rey de los Rohirrim abandonó Edoras. Antes de partir besó los rostros de sus nietos, Folcred y Fastred. La impronta de grandeza de su abuelo quedó grabada en sus corazones y mentes hasta el final de sus días.

Previamente a su partida, tuvo que ordenar a su amigo Haldric, su capitán, permanecer en Edoras y obedecer las órdenes de su hijo. Bien sabía que, si le acompañaba, se internaría con él en los bosques. Sólo cuando juró por sus ancestros y por sus propios vástagos cumplir sus órdenes, Folca quedó convencido de que no le seguiría”.

“Cuida de mi hijo. Te lo pido como padre, no como Rey”, fue la petición que hizo a Haldric. Tras un fuerte abrazo se despidieron sin palabras. Waelreowa quedó bajo la custodia de Haldric. No la necesitaba para esta tarea y era su deseo que fuera entregada a su hijo.

El pueblo se había congregado para despedirlo, pues su terrible tarea ya era conocida por todos. Sus corazones se encontraban encogidos, temerosos del destino de su Rey, amado y respetado por todos. A su paso el silencio era atronador.

Sesenta primaveras habían contemplado los ojos del Rey. Su cabello y barba se conservaban del color del trigo, ordenadas en perfectas trenzas. Aún era fuerte y recio. Amplio pecho, con brazos y piernas robustas. Años de guerra y trabajos habían forjado su cuerpo. Y, entonces, comenzó a reír con fuerza y gritó con ímpetu a los cuatro vientos:

“¡¡¡Salve, pueblo de Rohan. El mal será derrotado y la paz reinará en nuestras tierras. Somos hijos de Eorl, un pueblo indomable. Ni orcos, hombres o bestias podrán doblegarnos. Alzaos, pueblo mío, y recordad siempre la sangre que corre por vuestras venas!!!”.

El pueblo congregado estalló en vítores y gritos. Los hombres, enardecidos, comenzaron a gritar con fiereza, desenvainando sus espadas y alzándolas al cielo, junto con sus lanzas y hachas. Las mujeres comenzaron a gritar el nombre del Rey. Grandes gritos llegaron hasta el Señor de la Marca; ¡¡¡Ferthu Folca hal!!!, ¡¡¡Ferthu Folca hal!!!, ¡¡¡Ferthu Folca hal!!!. Nuestro Rey se dirigió al encuentro del Jabalí de Everholt.

CANTO VII. SOMBRAS DE EVERHOLT

Cinco días cabalgó hacia el este, dejando atrás el resplandor de Meduseld. Las llanuras se extendían ante ellos, infinitas y verdes, salpicadas de flores silvestres mecidas por la brisa.

El quinto día, el aire se volvió aún más frío. Su travesía por el gran camino del oeste había sido rápida y sin contratiempos. El paisaje cambió: las llanuras fértiles dieron paso a colinas escarpadas y bosques densos. El río Mering rugía entre las rocas, impregnado del olor a musgo y tierra mojada. El Bosque de Firien se alzó ante ellos como un muro, anunciando el fin del viaje y el comienzo de la batalla.

El sol comenzó a declinar cuando llegaron al límite de Everholt. Los árboles, altos y oscuros, parecían inclinarse hacia Folca como si lo invitaran a entrar. El Rey sintió un escalofrío, pero no fue por el frío. Brenwald, intuyendo los pensamientos de su señor, se aventuró a hablar. "Es el Jabalí, mi Señor. Desde que llegó, ni las aves cantan aquí". Intercambiaron sus miradas durante un instante. Folca asintió lentamente, al tiempo que pensaba "No recuerdo este bosque".

Folca se alejó un momento de sus hombres, contemplando las estrellas que comenzaban a brillar en el cielo. "Mañana sabré qué clase de mal nos acecha". El viento sopló llevando sus pensamientos hacia las montañas.

Al amanecer del sexto día, en los límites de Everholt, el Rey Folca desmontó.

Con cariño se despidió de su montura, su fiel Beadurinc. “Adiós, amigo mío. Te confío al cuidado de Brenwald. Es un buen hombre; te cuidará como a su propio hijo”.

Con respeto, miró a cada uno de sus Eorlingas. “Alejaos del bosque. Ignorad cualquier sonido que llegue a vuestros oídos. No debéis internaros en la espesura en mi búsqueda o auxilio. Y... si quien emergiera fuera ese mal, montad y dirigíos a Edoras sin dilación. Eso significará que mi hijo es el nuevo Rey de Rohan. Informarle de lo ocurrido y cumplid sus órdenes”.

Nadie pronunció palabra alguna. Sus hombres hincaron la rodilla ante su Rey y, tras ello, cumplieron sus órdenes. Se alejaron a una distancia prudencial.

Folca revisó su impedimenta. La elección había sido meditada a conciencia. Había descartado portar casco, coraza y cota de malla. Necesitaba ser ligero como un ave. Su escudo también era innecesario. Las descripciones de Brenwald eran incuestionables. Un escudo no le protegería de aquella criatura. Su agilidad y fuerza serían el factor decisivo.

Su vestimenta era de cuero, fuerte y flexible, que le protegería de la maleza y rocas afiladas del entorno y, con sus tonos oscuros, le confundiría con los colores del bosque. Aferró con fuerza sus cabellos con una cinta y se enfundó unos gruesos guantes. Sus botas, también de cuero, eran cómodas y resistentes.

La lanza de fresno era imponente, acabada en una aguda y pesada hoja.

En su cintura portaba un hacha de batalla. Su acero era el doble de grande y pesado de lo habitual, habiendo sido forjada según sus indicaciones.

Finalmente, cruzada en su espalda, su daga, forjada con el mejor acero de Rohan. No precisaba de más, con excepción de yesca y pedernal. El bosque cubriría el resto de sus necesidades.

Una vez se internó en Everholt, procedió de inmediato a enmascarar su olor. Embadurnó su cabello, cuerpo y ropajes de barro y musgo. De igual manera procedió con sus armas, frotándolas contra troncos y musgo, evitando las empuñaduras, pues necesitaba un agarre firme. Aquel ser no podía captar su esencia.

Hincando una rodilla, cerró los ojos. Evocó todo aquello que amaba. El fuego de su interior estalló con fuerza y se levantó con resolución.

Su instinto de cazador hizo acto de presencia. Según avanzaba, la oscuridad comenzó a envolverle, al quedar atrapada la luz del sol por las imponentes copas de los árboles, que formaban una barrera impenetrable.

Inclinado ligeramente hacia adelante, listo para cambiar de dirección en un instante, avanzó en movimientos que no eran lineales; deteniéndose cada pocos pasos para agudizar el oído y olfatear el aire, buscando cualquier indicio de cambio a su alrededor. Constantemente se inclinaba hasta el suelo, leyendo los rastros que observaba como si fuera un manuscrito.

Calculó cada movimiento, distribuyendo su peso de manera uniforme.

Cada pisada comenzaba posando la punta del pie en el suelo, luego el arco y finalmente el talón, lo que evitaba la rotura de ramas o el crujido de las hojas.

"Un cazador debe fundirse con el bosque, ser uno con él", pensaba Folca, que aprovechaba su entorno para desplazarse como la niebla: ligero e imperceptible.

Pronto descubrió rastros de pisadas de hombres. "Cargaban sus armaduras, escudos y espadas", pensó al observar la profundidad de las mismas. Se dirigían hacia el pie de las montañas.

"Este no es el bosque que yo recuerdo. Algo malévolο se ha asentando en estas tierras; puedo sentirlo en el aire y en la tierra", pensó con desasosiego.

La sensación era muy intensa: la pesadez del aire; la ausencia de los sonidos habituales de animales; el olor ácido que le envolvía. No podía ignorar sus sentidos e instinto de supervivencia.

"No tengo duda alguna; algún mal llegó a estos lares y corrompió al jabalí, convirtiéndole en un ser de malignidad. Corrompió su mente y deformó su cuerpo, impulsándole a diseminar muerte y destrucción".

Folca avanzaba lentamente, con cautela, perdiendo la noción del tiempo; tal era su concentración. Localizó el primer cuerpo entre unas rocas.

Era uno de sus Eorlingas. Su rostro era irreconocible. Las heridas de su cuerpo, terribles.

No muy lejos localizó más cuerpos entre unas elevaciones naturales del terreno.

Y, en la tierra, fuertemente incrustadas, marcas de unas gigantescas pezuñas. Las examinó minuciosamente. Dedujo el peso y envergadura del animal. “Una bestia enorme, sin duda” reflexionó con detenimiento.

“Aquí los emboscó. Aprovechó el terreno a su favor. Un ataque repentino y feroz. No creo que tuvieran tiempo ni de reaccionar”.

Folca dedicó unos instantes a planificar su siguiente movimiento.

“Estos son tus dominios. Conoces cada piedra, árbol y sendero. No seguiré tu ley y costumbre. Impondré las mías”.

Tras estas consideraciones, sabía bien como debía proceder: evitar cualquier avance por terrenos adecuados para un hombre y dirigirse hacia el pie de las montañas, donde seguramente se encontraría la guarida de la criatura. El rastro indicaba claramente esa dirección.

El día estaba ya muy avanzado cuando la encontró. Una gran cavidad en la roca. Lo que contempló le paralizó durante un instante. En las inmediaciones de la entrada se acumulaban restos de huesos desnudos. Algunos de ellos parecían de seres humanos.

Folca contemplaba los restos que había desechado aquel ser. Se obligó a calmar la ira creciente en su interior.

Inhaló con fuerza el aire. “Sí, del interior de esa negrura percibo el olor descrito por Brenwald”.

“Una mezcla de ceniza o tierra quemada, lana húmeda, barro y musgo”. La bestia estaba en su interior, Folca no tenía duda alguna.

“Ha llegado el momento. Pero seré yo quién decida donde luchar”.

Como una sombra, retrocedió hacia el lugar que había localizado, no muy lejos de la gruta: un pequeño claro junto a un profundo barranco, que daba al curso de un río que fluía desde las montañas. En el claro se erguían altas rocas que podía escalar con facilidad y dificultarían embestidas directas.

“Aquí lo enfrentaré”. Inspiró con fuerza, llenado sus pulmones por completo.

Levantando su lanza al cielo, rugió con todas sus fuerzas. Toda la ira, acumulada por los agravios cometidos contra su pueblo, salió de su pecho con la fuerza de un torrente. El desafío había sido presentado.

Desde el corazón de Everholt, un gran alarido, que hizo temblar el bosque, llegó hasta los oídos de nuestro Rey. El desafío había sido aceptado.

CANTO VIII. EL ULTIMO COMBATE

Su adversario emergió violentamente, precedido por el estrépito de ramas rotas y temblor de la tierra. Al observar al hombre, se detuvo. Olfateó con furia y bramó desafiante. Exhalando densas nubes de vaho por sus ollares, inundó el lugar de un olor desagradable y nauseabundo.

Folca se mantuvo firme. Aquel ser era descomunal: cuatro codos de altura y no menos de nueve codos de longitud. Su peso... no menos que cuatro o cinco monturas juntas. Lo más terrible eran sus colmillos retorcidos, de al menos dos codos de tamaño.

“¿Qué o quién eres, mal de los hombres? ¿Por qué has infligido tanto dolor y muerte a mi pueblo?”, interrogó a su rival.

Súbitamente, como una ráfaga de viento, una barrera invisible golpeó la mente del Señor de la Marca. En su interior surgieron palabras cargadas de odio, en una lengua extraña cuyo significado no lograba entender. Aquella voz era dura pero sedosa al mismo tiempo. Invitaba a obedecer con la fuerza de una tormenta. Lo que sí logró captar fue la esencia del mensaje...“muerte... muerte a los Rohirrim”.

La abominación cargó contra Folca, que, ágil como un gamo, se encaramó a las rocas y las escaló con rapidez, eludiendo el embiste del animal que se estrelló contra la piedra. El estruendo fue grande, y pequeños fragmentos de grava se desprendieron del impacto.

Desde su posición elevada, Folca aferró la lanza con ambas manos firmemente aferradas a la base del astil y, alzándola como un cayado, golpeó directamente el hocico del animal con su extremo afilado. Este rugió y se revolvió rabioso.

Fuera de sí, embistió repetidamente la peña con tal vehemencia que Folca estuvo a punto de perder el equilibrio.

“Por primera vez, en su miserable existencia, la han golpeado. Siente dolor”, pensó con satisfacción, mientras ascendía rápidamente hasta la plataforma superior del peñasco.

Aquel ser, ya calmado, lo miraba con inquina. La bestia se dirigió rápidamente hacia un conjunto de rocas cercano y más accesible y, aprovechando su gran tamaño, comenzó a trepar hasta su parte superior, más parecida a una cabra que a un berraco. Una vez allí, tomó impulso y saltó contra el humano que le había herido.

En el instante en que el animal brincó, Folca se lanzó al suelo, aterrizando sobre su hombro y rodando sobre él. De esta forma logró controlar su caída y, aprovechando el impulso, se alzó con agilidad.

El engendro, al no hallar su objetivo, colisionó con fuerza contra la piedra, rodando hasta el suelo. Folca agarró con vigor su lanza y, apuntando con su brazo izquierdo, la lanzó con toda su energía contra aquel ser de muerte.

El berraco ya se alzaba cuando el arma penetró con fuerza en su costado.

El aullido de dolor fue tan intenso y agudo que laceró los oídos del Rey.

Este espeluznante sonido se extendió como una gran ola por el bosque y más allá de sus límites.

Descontrolado, comenzó a retorcerse y golpear cuanto encontraba a su alrededor.

Del costado del animal fluía un líquido denso y oscuro, que parecía más brea que sangre.

“Está herido” pensó, mientras inhalaba con fuerza para recuperar la calma, “pero la punta ha penetrado menos de lo que esperaba; sin duda su piel es dura. Esto no ha acabado”.

“¿Sientes ahora el dolor de mi pueblo, ser de las tinieblas? ¿Quieres muerte? Aquí estoy, esperando. Aproxímate si te queda fuerza y determinación, o huye como el cobarde que eres”, gritó el Rey de Rohan, retándole al tiempo que esgrimía su hacha de batalla.

Los ojos carmesí del animal se clavaron en él, y con una última sacudida logró desprenderse del arma clavada en su costado. La cólera brillaba en su mirada, pero Folca creyó detectar cierta indecisión.

Atacó directo contra el Rey, que lo esperaba imperturbable e impávido, recordando cada palabra de Brenwald.

A escasa distancia de su objetivo, y en el tiempo que media entre dos latidos del corazón, el animal se desplazó hacia un lateral, cargando su peso en el costado que no estaba herido, con la clara intención de lancear al hombre en una embestida lateral con su colmillo izquierdo.

Pero Folca, que ya había previsto este ataque, giró con celeridad sobre sí mismo, logrando evitar el colmillo y situándose al costado del animal.

Aferró el hacha con ambas manos y, aprovechando su propio impulso, golpeó el lomo del animal, cerca de la unión con la cabeza. Un grito de cólera acompañó el movimiento del arma, que impactó con violencia, cortando y penetrando profundamente en su lomo.

Aquel líquido viscoso, que fluía por las venas del ser, se proyectó salvajemente en todas las direcciones, empapando las ropas y rostro del Rey.

La herida provocó una gran espasmo en el animal, que, con su cuarto trasero, golpeó a Folca, arrojándolo lejos y arrancándole el hacha de las manos. Chocó contra la tierra y rodó sobre sí mismo.

Aturdido por el choque, Folca se enderezó tan rápido como pudo y contempló la terrible agonía de aquel monstruo. Su sangre se derramaba por doquier. Las convulsiones eran terribles, mientras se estrellaba contra los árboles y rocas cercanas. Finalmente, el animal trastabilló, pero, para sorpresa del monarca, no cayó al suelo. Sus patas temblaban con fuerza, pero no se derrumbó.

“Una fuerza oscura sostiene a esta abominación. Aquellas palabras en mi mente... algo más malévolos y pérvido está interviniendo en estos sucesos”, reflexionó con desasosiego. “He perdido la iniciativa. En mi posición actual estoy expuesto, y no dispongo de armas para enfrentarla. Debo recobrar la iniciativa... ¿pero cómo y dónde?”

Folca miró a su izquierda y vio claramente dónde encontraría su ventaja. En su mente se perfiló que debía hacer, pero era arriesgado.

El berraco, inhalando y exhalando con intensidad, dejó de temblar. Clavó su expresión trastornada en aquel que le había herido y avanzó contra él.

El Señor de la Marca no dudó. Se dio la vuelta en dirección al barranco y saltó al vacío.

El impacto contra el gran árbol que se erguía frente a él fue brutal. Intentando aferrarse a las frondosas ramas, se precipitó sin control. Su caída fue amortiguada por el follaje del árbol, colisionado finalmente en las aguas del río.

Emergió y con gran esfuerzo logró escapar de la corriente, que por fortuna no era intensa.

Folca gritó de dolor. Laceraciones, cortes y magulladuras cubrían su cuerpo, si bien sus prendas de cuero le habían protegido de heridas más profundas.

Incorporándose lentamente, sintió varias costillas fracturadas, aunque nada más grave. Sus brazos y piernas, si bien, repletos de cortes, no parecían estar inutilizados.

Mirando hacia el borde del barranco observó cómo la bestia le miraba directamente. Dudaba. La altura era importante, incluso para ella. Tras emitir varios bufidos de rabia, se alejó a la carrera en dirección contraria al curso del río.

“Sin duda conoce un camino de descenso. Este barranco parece extenderse hasta el interior de la montaña, y el hecho de que mi enemigo no avance en esa dirección parece confirmarlo. No tengo mucho tiempo, debo avanzar y encontrar un punto favorable para combatirla”, pensó rápidamente.

Con gran sufrimiento comenzó a correr. El suplicio de las costillas fracturadas era intenso, y le impedía respirar con normalidad. El nivel del terreno fue elevándose paulatinamente, dificultando sus movimientos.

En su frenética carrera observaba a su alrededor, buscando una ventaja, pero en su fuero interior sentía que no era momento.

“Sigue adelante Folca, este no es el lugar. Tan pronto percibas a tu enemigo, detente y prepárate. Pero aún no”.

“¿Qué les recordabas a tus capitanes? Si dejas al enemigo sin capacidad de desplazarse y maniobrar, quedará indefenso”. Estos pensamientos llenaban su mente, al tiempo que imprimía más velocidad a sus zancadas, luchando contra el fuego en sus pulmones y la agonía de sus costillas.

Su recorrido le llevó hasta una cascada que caía entre grandes cantos y que nutría el río. Se alzaba unos veinte o treinta codos del suelo. El invierno incipiente había reducido su caudal, siendo viable remontarla. Comenzó el ascenso; tendría más posibilidades en la parte superior.

A sus oídos, lejano, llegó el sonido que estaba esperando: las enormes pezuñas de la criatura golpeando contra las rocas del río.

No perdió un instante en mirar atrás. Entre tribulaciones y suplicio escaló, logrando llegar a la parte superior de la cascada.

Extenuado, miró a su alrededor. “No hay otro camino de acceso a este lugar. Y a mi espalda se encuentra un desfiladero por el que discurre la corriente de la cascada. Este es el lugar”, reflexionó, intentando recuperar el aliento y sujetando sus costillas fracturadas.

Lo vio llegar como un vendaval.

Su feroz paso separaba la corriente en dos. Sin disminuir su ritmo se arrojó contra las rocas de la cascada de forma salvaje, golpeándose con violencia. El sonido del crujir de sus huesos y colmillos fracturándose llegaron hasta Folca. “Ha enloquecido, y eso me da ventaja. Debo aprovecharla”, pensó con rapidez.

El animal comenzó a escalar en su dirección, pero muy lentamente, tropezando y cayendo en varias ocasiones.

Aquello le otorgaba cierto margen de tiempo a su favor. Miró con detenimiento su entorno y localizó lo que estaba buscando: una rama maciza de roble, ancha como su brazo y tan larga como la lanza de un Eorlinga, que habría caído al suelo por los embates del clima. La cargó sobre su hombro y avanzó hacia el corazón de la montaña.

El desfiladero era lo suficiente ancho para permitir su paso y, posiblemente, el de su enemigo. Decidió llegar al final del mismo y observar qué había más allá.

Ante sus ojos se desplegó un reducido valle, que albergaba en su interior un pequeño lago que concentraba el caudal proveniente de la nieve de las cimas, fluyendo hacia el desfiladero y, de allí, a la cascada.

El lago ocupaba todo el espacio disponible, excepto una pequeña franja de tierra que lo rodeada por la izquierda. Ese camino terminaba en abruptos muros. No había salida. Imponentes montañas le rodeaban por completo.

Folca ya podía escuchar los fuertes bufidos y bramidos del ser, a pesar del tronar del agua que llenaba el aire.

“No me queda mucho tiempo; debo decidir dónde enfrentarlo. ¿En el desfiladero o en esta estrecha franja de tierra?”

Entonces miró al cielo, por encima de los muros de piedra que le rodeaban, y lo que contempló desde su posición, con los últimos destellos del día, le llenó el corazón de valor y esperanza. “Es una señal”, pensó con renovadas energías.

Con resolución, se situó al final del lago, con la pared rocosa a su espalda, y comenzó a afilar la recia rama con su daga. El día estaba llegando a su fin.

Poco después, la bestia emergió ante él. Sus ojos, desorbitados, brillaban en la oscuridad creciente.

“Ser de malignidad, aquí y ahora tu reinado llega a su fin. Ven, toma mi vida si puedes... ¡has de saber que es mi voluntad morir luchando! En esta tierra, a la sombra de Halifirien, la montaña sagrada, símbolo de honor y

lealtad, donde quedó sellado el pacto de Eorl, mi antepasado, con el pueblo de Gondor, yo, el Rey de los Rohirrim, ¡te reto a muerte! Que los hielos perpetuos de las montañas que nos rodean me consuman por toda la eternidad si flaqueo”, gritó con audacia Folca a su mortal enemigo.

Y fue en ese lugar apartado de las Montañas Blancas, las Ered Nimrais, donde se desató el combate final entre el Señor de la Marca y el Jabalí de Everholt.

En respuesta al desafío, aquel ser, consumido por la negrura más absoluta, avanzó contra aquel que le había provocado tanto dolor y sufrimiento, el mayor que jamás hubiera sentido.

Enloquecido y torturado por sus heridas se lanzó en una carrera salvaje, imprimiendo toda su energía a cada uno de sus pasos.

Solo un pensamiento inundaba su oscuridad: matar.

Y en aquel estrecho paso de tierra entre los muros de la montaña y el margen del lago, no cabían estrategias ni ataques sorpresivos.

Tan sólo cabía un ataque directo. Bramando con impetuosidad cargó.

Avanzando con rapidez, el jabalí de Everholt se perfiló ante Folca como una masa aterradora y grotesca, con los colmillos retorcidos y afilados como lanzas. Incrementando su velocidad, comenzó a levantar guijarros a su paso.

Su pelaje, empapado de aquel oscuro líquido que era su sangre, revelaba su deformidad y corrupción. Cada músculo de su cuerpo se encontraba tensado, preparado para el impacto, y sus ojos, como brasas, estaban clavados en su objetivo, desbordantes de odio y rabia.

Folca se erguía con firmeza. Su cuerpo permanecía fuerte y robusto pese a sus heridas. Su cabello y barba, enmarañados tras la intensa lucha, destacaban sobre sus anchos hombros, que mostraban la postura de un guerrero listo para el combate final.

Calmó su corazón, ante la inminente embestida. Respirando de forma pausada, ignoró el dolor y el agotamiento que embargaban su cuerpo. Avanzó con calma hacia su adversario.

Un paso, dos pasos, tres pasos, cuatro pasos... se detuvo. Alzó la madera afilada con todas sus fuerzas y apuntó directo al pecho de la bestia. Un grito de guerra brotó de su garganta.

Hombre y monstruo sintieron la respiración del otro en el espacio que les separaba.

El berraco se arrojó sobre Folca pero éste no cedió al miedo ni al temor y afrontó con firmeza el ataque.

Al percibir que el ser oscuro se elevaba en el aire en su carga final contra él, retrocedió con presteza mientras dejaba que su improvisada arma se deslizara por sus recios brazos, apoyando el extremo opuesto en la pared rocosa.

El animal, impulsado por su propia fuerza, quedó completamente atravesado por la madera, que le entró por el pecho y asomó por el lomo. Su grito de agonía resonó por las montañas con la fuerza de cien gigantes.

Folca, apretando los dientes, resistió el embite del animal, y los huesos de sus brazos y espalda crujieron del esfuerzo.

Había logrado herir de muerte al animal, pero éste a su vez había clavado parcialmente su colmillo en el costado del Rey.

El ser, enloquecido, reflejaba en sus ojos la certeza de su pronta muerte. Pero su ansia de matar era demasiado grande; lo consumía, y lo impulsó a avanzar hacia Folca, penetrando aún más la afilada madera en su pecho y su colmillo en el costado.

A punto de desfallecer por el dolor y el agotamiento, el Señor de los Rohirrim logró extraer su daga, clavándola en toda su extensión en la cuenca ocular de aquella abominación, imprimiendo en aquel acto toda su rabia y cólera acumuladas.

El ojo intacto de la bestia se tornó blanco y dejó de moverse, desplomándose.

El colmillo del berraco, ya fracturado por su frenesí y fiereza, se partió bajo su peso, quedando clavado en el costado de Folca.

Nuestro Rey comprendió que había logrado matarla. Su grito, mezcla de extenuación y euforia, rasgó el cielo de las Ered Nimrais.

En el borde de la oscuridad, sus ojos ya nublados creyeron vislumbrar, muy lejos, una negrura que se alzaba como un colmillo contra el cielo. Y de ella brotó una voz sedosa, suave como la caricia del viento, más impregnada de hiel y burla. Una risa cristalina, perversa, resonó en su mente como un eco que no pertenecía a este mundo. Folca no comprendió su origen, pero un escalofrío recorrió su alma: la bestia no había sido dueña de sí misma.

En ese instante comenzó a perder el conocimiento, dejándose llevar por su calidez, que le pareció dulce como la miel.

CANTO IX. EL RETORNO DEL HEROE

El alba despuntaba sobre el Bosque de Firien, tiñendo de gris las copas oscuras que aún temblaban con los ecos del combate.

Brenwald, hijo de Bronwald, aguardaba junto a los éoreds en el lindero de Everholt, tal como su Rey había ordenado. Habían pasado un día y una noche desde que Folca se internara solo en la espesura, y los sonidos que llegaron hasta ellos, rugidos que sacudían la tierra, un grito que rasgó el cielo, habían helado sus corazones. Mas no desobedecieron.

Los hombres, envueltos en capas verdes, permanecían firmes, con las manos en las riendas de sus monturas, los ojos fijos en el muro de árboles. El silencio que ahora reinaba era más pesado que cualquier tormenta.

Brenwald paseaba entre los jinetes, su capa salpicada de barro seco por la larga vigilia.

Su mente volvía una y otra vez a las palabras de su señor: "Si quien emergiera fuera ese mal, montad y dirigíos a Edoras sin dilación." No había querido imaginarlo, pero la quietud del bosque lo llenaba de un temor que no había sentido ni siquiera en batalla.

Miró a los hombres: algunos murmuraban plegarias a sus antepasados, otros aferraban sus lanzas como si esperaran que la bestia irrumpiera en cualquier momento.

Él mismo no podía apartar de su memoria los ojos carmesíes del Jabalí, brillando en la noche en su aldea arrasada.

El sol apenas había trepado por encima de las Montañas Blancas cuando un crujido resonó desde la espesura. Los éoreds se tensaron, las manos volando a las empuñaduras. Brenwald desenvainó su espada, el corazón latiendo como un tambor de guerra. Una figura emergió entre los árboles, tambaleándose, y por un instante el aire se detuvo en sus pulmones. Era un hombre, no una bestia. Era Folca.

El Rey de los Rohirrim avanzaba con pasos vacilantes, su armadura de cuero desgarrada, el rostro y las manos manchados de negro y rojo. La lanza había desaparecido, pero en su mano derecha sostenía una daga cuya hoja aún humeaba, como si hubiera sido lamida por el fuego.

Brenwald corrió hacia él, gritando su nombre, pero antes de alcanzarlo, Folca cayó de rodillas, la tierra recibiendo su peso con un golpe sordo.

"¡Mi señor!" exclamó Brenwald, arrodillándose a su lado.

Los éoreds se acercaron, formando un círculo en silencio reverente. Folca alzó la mirada, sus ojos del color del trigo empañados por el dolor y la extenuación, pero brillantes con una chispa que no podían comprender.

"Está muerto," susurró, su voz ronca como el viento sobre las llanuras. "El Jabalí de Everholt ha caído."

Un murmullo de asombro recorrió a los hombres. Brenwald posó una mano en el hombro de su rey, sintiendo la calidez de la vida bajo la piel lacerada.

Vio entonces la herida en su costado: un colmillo fracturado, incrustado entre las costillas, rodeado de carne quemada como si hubiera sido sellada con fuego.

"Debemos llevarlo a Edoras," ordenó Brenwald, su voz firme a pesar del nudo en su garganta. "¡Prestadle auxilio, rápido!"

Los éoreds actuaron con presteza. Dos hombres trajeron vendas de lino y hierbas secas, mientras otro ofrecía su capa para cubrir al Rey. Folca apenas protestó, su respiración entrecortada mientras lo alzaban con cuidado sobre un caballo. Brenwald montó junto a él, sosteniéndolo para que no cayera. "Resistid, mi señor," murmuró. "Rohan os necesita."

El viaje de regreso fue un tormento silencioso. Cinco días habían cabalgado hacia Everholt con el vigor de la esperanza; ahora, el retorno parecía eterno bajo el peso de la incertidumbre.

Folca yacía semiconsciente, su cabeza descansando contra el hombro de Brenwald. A veces murmuraba palabras rotas, "Walda", "Felaróf", "mi pueblo", y otras veces sus ojos se abrían, fijos en el horizonte como si viera más allá de las llanuras.

Los éoreds guardaban silencio, sus rostros marcados por la reverencia y el temor. No sabían si llevaban a un rey vivo o a un héroe ya entregado a la leyenda.

Mientras avanzaban, el aire se tornó frío y pesado, como si el bosque aún los observara.

Las torres de Meduseld se alzaron ante ellos, doradas bajo el sol del mediodía. El pueblo se congregó en las puertas, sus rostros pálidos de expectación.

Cuando vieron a Folca, vivo pero roto, un grito colectivo rasgó el aire, mezcla de alivio y duelo. Los éoreds desmontaron, y Brenwald ayudó a bajar al Rey, cuyos pies tocaron la tierra con un temblor que traicionaba su fuerza menguante.

Folcwine, el príncipe, salió a su encuentro, su mirada azul intensa oscurecida por la preocupación.

"Padre," dijo, su voz firme pero quebrada. Folca lo miró y esbozó una sonrisa débil.

"El mal ha sido vencido," pronunció con esfuerzo. "Rohan está a salvo". Tras estas palabras se dejó caer en los brazos de su hijo.

A su paso la multitud se abría para dejarlos pasar. Mujeres lloraban en silencio, hombres alzaban sus lanzas en homenaje. Brenwald caminó tras ellos, la daga de Folca aún en su mano, caliente al tacto como si guardara el fuego de su espíritu. Sabía que el Rey no viviría mucho más; lo había visto en sus ojos, en el colmillo clavado en su costado. Pero también sabía que su gesta resonaría por generaciones.

CANTO X. EL ECO DE LA LEYENDA

El Scop, agotado por el esfuerzo, buscó a tientas su asiento y se derrumbó. Alguien le ofreció una jarra de cerveza, que vació hasta el fondo. Tras un breve descanso, continuó:

“Ni el propio Rey pudo recordar qué ocurrió tras dar muerte a su enemigo. El agotamiento y sus graves heridas le habían llevado al límite de su resistencia”.

“Me relató imágenes borrosas, como si de un sueño se tratara, en las que se veía desplazándose por las montañas y el bosque. Cayendo al suelo, levantándose, avanzando. Dolor,...”

“¡Así murió nuestro Rey: Folca, Rey de Rohan, Señor de los Rohirrim, Señor de la Marca, asesino de orcos y perdición del Jabalí de Everholt!”

“Las simbelmynë crecen con fuerza sobre su túmulo”.

Lentamente comenzó a entonar con voz gutural:

*En días oscuros, cuando el terror cabalgaba,
desde Everholt vino un mal sin medida.*

*Ojos de brasas, de furia,
colmillos de muerte, un jabalí de negrura.*

*Mas Folca, el Cazador, de Eorl descendiente,
con lanza y hacha enfrentó al oponente.*

*En Halifirien selló su destino,
sangre por sangre, un rey genuino.*

El Scop calló. Y, como siempre, llegaron a sus oídos los mismos sonidos:

El silencio respetuoso de sus hermanos y hermanas. Sollozos controlados con esfuerzo y respiraciones agitadas por la emoción y la tensión.

Y, como siempre, desde que quedó ciego, acudieron a su mente los rostros de las gentes de su pueblo.

El ardor guerrero en los ojos de los hombres, encendidos sus corazones por la gesta de Folca.

El orgullo y agradecimiento de las mujeres por su Rey, fuertemente abrazadas a sus hijos.

Y, como siempre, el Scop llevó a cabo aquello que su pueblo no haría, motivado por el ejemplo de dignidad y coraje de Folca.

El Scop lloró por todos ellos.